

El derrumbe del mundo ideal y el nihilismo (Una meditación shakespeariana)

Leopoldo Chiappo

Próspero, en la obra de William Shakespeare *The Tempest*, gracias al sufrimiento del destierro y a la inspiración de la soledad, ha adquirido lo que se podría llamar una cierta *gracia feérica*, es decir, el don de tratar con el mundo de lo ideal en sus personajes simbólicos. Uno de ellos es Ariel, personaje ligero que, al conjuro de Próspero, emerge o se disuelve en el aire, cobrando visibilidad para quienes tienen ojos feéricos, visión de hadas: trasgos, duendes y seres del aire. Próspero había indicado a su “delicado Ariel” que convocara a la multitud de espíritus desordenados (“rabble”, siglo XVI) y los ordenara debidamente para ofrecer a Miranda y Ferdinand una muestra de su arte: “go, bring the rabble”, le había dicho para mostrar “some vanity of my art”, algunas criaturas aéreas, feéricas y por ende insustanciales, vacías, propiamente ideales, hechas presentes y visibles gracias a su “arte”, que es el poder de atraer de la invisibilidad a la visibilidad en el escenario del aire a seres transliminales. El poder feérico llega a los seres nobles marcados por el sufrimiento y la soledad interior, el noble exilio. Es el premio del estudio y la meditación, su floración.

Mientras Próspero se encuentra en un estado de serenidad y de festiva actitud, puede convocar al mundo ideal, y así lo ha hecho para gozo y enseñanza de su hija Miranda y del joven príncipe Ferdinand, pareja de enamorados y, como tales, aptos para la visión superior. Pues

el amor eleva la mirada.

En el momento en que Próspero toma conciencia de que está amenazado de muerte por Calibán, el monstruo del mal, entra en estado de alarma, y entonces pareciera que su gracia feérica zozobrara en la alteración emocional, en la angustia. Y es por eso que inmediatamente el mundo feérico, en el que habían aparecido diosas como Iris, Ceres, Juno, y segadores, ninfas danzantes, nayades, desaparece. Es que el mundo ideal se arruina y se derrumba socavado por las preocupaciones y los males de la vida real, decaída. La vida y sus amenazas y la intriga mefítica de los seres inferiores espiritualmente, los seres calibánicos. Del amor y de la esperanza nace el mundo ideal, del odio y del desencanto su destrucción. La desesperación es destructiva.

Es entonces que Próspero explica la desaparición y la disolución en el aire del mundo ideal, con estas palabras de soberbia belleza: "Our revels now are ended: this our actors / As I foretold you were all spirits, and / are melted into air: / And, like the baseless fabric of this vision / The cloud-capp'd towers, the gorgeous palaces, / The solemn temples, the great globe itself, / Yes, all which it inherit, shall dissolve, / And, like this insubstantial pageant faded, / Leave not a track behind: We are such stuff / As dreams are made of, and our little life / Is rounded with sleep" (*The Tempest*, Act IV, Scene 1).

Es el impresionante parlamento cuya traducción es la siguiente: "Nuestros deleites (distracciones gozosas) ahora han terminado: estos nuestros actores / como yo te lo anuncié fueron todos espíritus, y / se han disuelto en el aire: / y, semejantes a la fábrica sin fundamento de esta visión / las torres cubiertas por las nubes, los suntuosos palacios, / los solemnes templos, el gran globo terráqueo mismo, / sí, y todo lo que de ello se herede (todo lo que de la tierra devenga), se ha de disolver, / y como esta maravilla lujosa desvanecida, / no quedará tras ella ninguna huella: nosotros estamos hechos del mismo material / de que están hechos los ensueños, y nuestra pequeña vida / está rodeada por el sueño [inconsciencia]."

Es perceptible a una mirada psico-espiritual la condición, el estado y la actitud de Próspero: la conmoción de la fuerza adversa y maligna que lo amenaza desde la realidad calibanesca ha roto su disposición feérica, ha arruinado su vuelo hacia lo ideal, ha corrompido su capacidad superior para tratar con los niveles superiores de la vida, y con ello se ha derrumbado el mundo ideal, quedando todo oscurecido,

des-iluminado por la falta de la gracia que ennoblece la vida. Y, entonces, no sólo se encuentra amputado de ideales sino que, en la vileza del material psicológico corrompido de la des-idealización, han empezado a proliferar los estados mefíticos del agnosticismo, el relativismo, el nihilismo metafísico: toda la realidad es una vacía aparición que surge de la nada y se deshace en la nada. El parlamento de Próspero no es sino la expresión decadente de una conciencia desesperanzada, venida a menos, arruinada por la adversidad y la preocupación que ensombrecen la vida real de los hombres sometidos al ambiente calibanesco del mundo humano deteriorado. Desde esta posición radicalmente des-idealizada, se presenta una concepción avasalladora de lo evanescente de la vida humana, un aparato teatral, un breve ensueño que se disuelve en el sueño. En la pérdida de fundamento ideal la realidad ha devenido pura inconsistencia evanescente. Las cosas emergen de la nada y vuelven a la nada. Todo el universo y la larga historia humana sobre el planeta resultan ser sólo un castillo de fuegos artificiales. Luego de la espléndida llamarada no queda sino el residuo sórdido de la fiesta apagada. Es la concepción nihilista. Derrumbados los ideales que daban fundamento, aliento e inspiración a la vida, sentido a la realidad, desvanecido el mundo ideal, no queda sino el camino de la muerte. La eternidad ha perdido sazón.

La vida humana de cada individuo, de cada grupo humano, familia, ciudad, la historia de la humanidad no sería sino un breve despertar de conciencia que emerge y se disuelve en la inconsciencia. Nuestra vida humana no sería sino una islita de conciencia despierta, rodeada por todas partes de un mar de inconsciencia, del cual emerge y en el que luego se hunde. Evidentemente, en una concepción de la vida como ésta, no puede darse la salvación que nos viene a través del poder feérico. El hundimiento de la vida sería total, y el enigma de haber alguna vez aparecido sobre el mar de inconsciencia sería insoluble. Ferdinand, admirando el mundo ideal y su amor al lado de Miranda, piensa en la perfección y la calma de una situación en la que quisiera quedar para siempre. Pero todo cambia, ve a Próspero demudado, y Miranda lo mira desolada: nunca había visto a su padre así. Tal el horror de la toma de conciencia de la vida real en la que la existencia se ve amenazada por la adversidad y los malignos designios de Calibán y sus socios. Al caer el mundo ideal por obra del estado de alarma existencial, Próspero elabora una "Weltanschauung" nihilista. Es el humo negro

que emana de la amargura. No es la noble melancolía por la perfección del mundo ideal añorado. Es la depresión y la filosofía de la depresión, del desencanto. Es que la amargura es la putrefacción de la melancolía.

Tal es la desilusionada y nihilista concepción que nace en Próspero, el artista feérico, el visionario del mundo ideal, luego de que el sobresalto de las amenazas de la vida envenenando su existencia le hace desaparecer el mundo de los ideales y lo entrega al escepticismo y al sentimiento amargo de la vacuidad del ser. Pero ésta no es la última ni la genuina palabra de la vida.